JOSÉ ALEJANDRO SÁEZ FRANCO

LA MUERTE QUE SE ARRASTRA



MAYO DE 2000
GANADOR DEL CONCURSO DE RELATOS EL RURAL 2000
REVISIÓN TEXTO ACTUAL ENERO DE 2025

BLACK EDICIONES
PLAZA MAYOR, 11. 18800 BAZA (GRANADA)
papeleriablack@gmail.com
www.papeleriablack.es

TEXTO E ILUSTRACIÓN
JOSÉ ALEJANDRO SÁEZ FRANCO

Reservados todos los derechos. Mal dolor te dé si haces mal uso de este texto.

Heme aquí tumbado, entre un cactus y un árbol más espinudo que el propio cactáceo. Medio muerto me encuentro ya. ¿Qué terribles infortunios me han arrastrado a dicha situación? *Primeramente*, mi apetito sexual; *segundamente*, ¿se puede decir «segundamente»?, la intachable cautela de mi compañera senti-sexual: Florinda.

¿Y dónde puedo comprarlos? *En casa Manué.* ¿Y dónde está eso? *Por allí* —dice señalando un pedregoso y polvoriento carril—, *a unas veinte millas, en Tagartera.*
El que pregunta soy yo, la que responde es una anciana lugareña.

Resulta irrisorio que vaya a morir por empecinarme en practicar el coito. Llevo tres años y seis meses con Florinda, pero, aunque he insistido perezosamente, no consiente hacerlo sin preservativo. Comprendo la precaución, probablemente soy más que una carga para ella: soy perezoso, bien parecido, pero de ánimo decaído y tendente a la desgracia. Esta vez no he cejado en mi empeño, así que he salido del hotel y me he dispuesto a adquirir el producto, no habiéndolo, ¡cómo había de ser!, en la localidad en que me encontraba, llegando así a la conversación que nos ocupa.

Intento explicar a la anciana lugareña qué es un preservativo, no lo comprende, ¡un condón!, no lo comprende. ¿Entiende usted mi idioma? —pregunto con desdén. *Pues claro que sí* —responde brava la anciana.

Ya me lo parecía, en fin, le cuento que estamos mi novia y yo en el hotel del pueblo, recién casados (licencia literaria esto último), de luna de miel (otra licencia) y que necesito una protección para el pito, un globito, para que mi novia no quede encinta y nos arruinemos la vida mutuamente. La anciana lugareña acaba entendiendo y me señala, como ya saben, el pedregoso y polvoriento camino que conduce a Tagartera: otro pueblecito situado a veinte millas, en cuya entrada queda ubicada la Casa Manué, tienda esta de comestibles y souvenirs, *que, a lo mejor*, dijo la anciana, *tenía de eso.*

Así, con la motocicleta que habíamos alquilado para el viaje, me dirijo a Tagartera. Calculo que, a medio camino, en una curva a izquierdas, habiéndome aproximado en exceso a la cuneta del carril, mi rostro impactó de lleno contra uno de los brazos de un cactus. Caí de la moto saliendo despedido, aguijoneado y dolorido. Me encuentro a unos cincuenta metros del carril. Creo que me he partido una pierna y varias costillas; utilizando el método presión-cantidad de dolor, diría que sí, que el diagnóstico es

acertado, pero no teniendo el equipo radiológico necesario, lo dejaré sin confirmar posiblemente hasta mi autopsia.

Pasado un rato, aún entre los velos de la muerte, escucho un sonido silbante. Parpadeo dos veces y logro fijar la vista. Desde el suelo una serpiente de cascabel me observa y hace vibrar su cola de cascabel.

¿Qué haces tú por aquí, valiente?, parece querer decirme.

Excúsenme si no expreso miedo o temor alguno, no es ni valentía ni desvarío, pero es que no lo sentía; estaba totalmente indignado y contrariado con el devenir del día. Ya he dicho, y no quiero repetirme, que soy tendente a las desgracias, pero todo tiene un límite.

¡Es que no hay desierto!, exclamé contrariado. Allá donde miraras se extendía una abrasadora superficie de arena y desolación, pero la bicha, dicho con todo el respeto, se ha empeñado en pasar justo por el sitio donde yazco.

En vista de la ingrata compañía, lentísimamente, saqué una pequeña navaja del bolsillo derecho de mi pantalón para, dado el caso, utilizarla como elemento hostigatorio.

Movimiento-¡dolor!-gruñido-espasmo-ataque.

No le hizo falta más, la serpiente saltó como una centella inyectándole su cicuta a mis botas Panama Jack. Intenté incorporarme y millones de puñales se clavaron en mis costillas y mis piernas (que descansaban sobre la arena con demasiadas articulaciones), cayendo exhausto al suelo del que apenas me había levantado.

¡Tendrá cojones! —grité—. ¡Es que no hay desierto!

En los documentales había escuchado que las serpientes nos tienen más miedo a nosotros que nosotros a ellas, e incluso visto que, ante una amenaza, intentaban escapar antes que atacar. ¡Ay, David Attenborough!, ¡qué capullo eres! Claro que, bien mirado, ¿qué amenaza representaba yo?, tirado en el suelo, roto, inmóvil, perforado y con una navaja de juguete como mayor amenaza. Capaz era de tragarme allí mismo, bien analizadas las circunstancias.

El caso es que al final se salió con la suya: una nueva acometida y un mordisco certero en el tobillo. Debo decir que no me sorprendió en absoluto, ya veía yo venir el funesto futuro desde hacía un rato.

¡Ajá!, ¡se mueve!, ¿qué hace?, ¡se pone a reptar a mi lado!, ¡se acurruca junto a mi pierna! Pues no, amiga mía, de eso nada, hasta aquí podíamos llegar. Levanto la mano con la navaja cual espada de Damocles, la serpiente se enrosca. Intento asestar un mortífero golpe; retrae la cabeza y yerro. Es la pérfida alimaña quien arremete ahora e inocula por segunda vez su tósigo cerca de mi hombro izquierdo. Ataco a la desesperada lleno de ira homicida y ensarto su cabezón en los ocho centímetros de acero, de lado a lado la he atravesado, suelta coletazos a los cuatro puntos cardinales y no se puede sentir más dolor del que siento yo: además del suplicio de la caída y varias heridas, roturas (sospecho), pinchazos… sumemos a eso un primer mordisco y después otro más. No sé si podré resistir este tormento, ya he dicho, y no me gusta repetirme, que soy de ánimo decaído. Intuyo (casi deseo) que pronto sufriré un colapso, un shock, un fallo respiratorio, coronario, no sé, algo… ¡algo que le haga finar a uno!, pero no, a mí no, de momento no. Así que el dolor se sublima en mi sistema nervioso y se irradia hacia todas las partes de mi cuerpo como una palpitación grotesca.

Me mira indignada queriéndome hacer ver lo injusto de la situación; ella ha sido legal conmigo y sin embargo yo he utilizado armas. ¿Qué quieres, bicha?, la muerte es siempre injusta, ¿crees que es justo que muera hoy aquí? Tengo veintisiete años, ¿crees que eso es justicia?…

Y así, créanme que es cierto, es como he llegado a estar entre el ya citado cactus y el árbol más espinudo que el propio cactáceo, con una serpiente de cascabel ensartada en mi navaja y con la mano izquierda intentando coger un pedrusco, no sé si para terminar con la malévola existencia de la bicha, o con la mía propia. Pero no, no haré ni una cosa ni la otra, siempre queda la esperanza de que alguien te salve, es difícil morir. En cuanto a la bicha, no creo que merezca la misericordia y compasión de una muerte rápida.

El suicidio es un pensamiento muy feo, asfixiante. Se me ha pasado por la cabeza y no es solo la esperanza lo que me aferra a esta vida, sino el propio temor a la muerte. Mientras estoy vivo, no muero, y ese mismo hecho de no morir implica tácitamente no matarse. ¿Qué importa?, se preguntarán, ¿una hora?, ¿unos minutos más?, si, además, se ahorra uno un dolor indefiniblemente insoportable.

En mi deplorable situación debo decir que no, no creo que importe demasiado cuando la muerte es ya ineludible, sea o no uno rescatado, pero aun cuando seguramente fuese un descanso, la muerte nunca es deseable y uno se aferra a cualquier cosa, a una

piedra amiga, a una bicha atravesada por una navaja, a mi cactus y a mi árbol. Será la intoxicación del veneno, pero no recuerdo ahora mismo más fieles e íntimos amigos que los que me rodean; qué considerados el cactus y el árbol acompañándome y velándome en estos momentos de dolor y sinceridad, son aquellos amigos que uno siempre llevará en su corazón; qué generosidad la piedra, esperando mi última voluntad, dispuesta a su pesar a proporcionar un último favor, el más doloroso, es el amigo con el que uno siempre puede contar. La bicha, amiga traidora, escogiendo la posibilidad más inquietante, es la amiga cómplice que siempre acaba rompiéndote el corazón. Pero no la culpo, ¿de qué serviría?, estaba en su derecho y casi me alegro de haberla conocido, en estos momentos es una igual, una historia afín, sabe lo que siento y yo la comprendo a ella, los dos hemos luchado por lo mismo, conocedores del dolor, nuestra unión es indisoluble, porque uno es causa del tormento del otro. Ocho centímetros de acero y aún resistiéndose a abandonarme.

¡Qué calor!, menos mal que va anocheciendo, empiezo a no entender cómo logro resistir. Miro a la bicha, que también se resiste a dejar la vida. Agita agónicamente la cola en movimientos torpes y consumidos. Pensando bíblicamente, igual es el mismísimo diablo que disfruta de mi angustia final. Ella me mira con esas pupilas verticales que tiene, se le ve la maldad a la legua. No es por resultar contradictorio, la bicha tiene maldad, se le ve, pero algo hace que me sienta unido a ella; debe ser que vivimos la misma desesperación, o quizá que el mal siempre es una opción atractiva. Cuando la derrota es segura es muy fácil cambiar de bando.

Cuando despierto es ya noche cerrada, ¡no hay manera de morirse!, y no es que lo desee, pero empieza a resultarme ridícula esta situación. Después de todo lo acontecido, si uno muere, al menos me quedará el consuelo del heroísmo. Me encontrarán frío y parcialmente consumido por los coyotes. Ojalá algún cuervo se haya comido mis ojos y de sus huecos vacíos, al encontrarme algún agente con su linterna, salga asustado un ciempiés para que el agente pueda contar el lamentable estado en que me encontró y, aun así, habiendo dado muerte a la serpiente, seré recordado por todos y el duelo de Florinda será apabullante y generoso. En las exequias finales todos dirán lo bueno y valiente que fui y cuánto dolor tuve que soportar antes de la muerte. Un éxito.

Si por el contrario no muero, ¡qué desgracia la mía! Me encontrarán deformado por el veneno, seguramente sollozando y con una navaja de juguete en la mano. Me

convertiré en una fábula, en el tío al que no le pudieron pasar más cosas, pero, como todo ello no estará cubierto por el funesto palio de la muerte, acabaré siendo una comedia. Un fracaso.

La noche avanza; vivito todavía. No ha pasado aún nadie por el carril, aunque en la lejanía he escuchado algún vehículo. He intentado gritar, pero no puedo, duele demasiado. Empiezo a preguntarme, ahora que tengo tiempo, ¿por qué coño la imbécil de mi novia no ha mandado a alguien a buscarme? ¡Debo llevar aquí ocho horas por lo menos! Siempre sospeché que Florinda era algo estúpida, me consta que ella tiene la misma opinión sobre mí. Sé que es insólito opinar así de la novia de uno, culpa mía, pero así es, y que conste que no me mueve el asco que estoy empezando a tomarle. Definitivamente en cuanto la vea le digo que lo dejamos. Lo nuestro no funciona. Sí, va a ser lo mejor. Sobre todo para ella. Sobre todo para mí.

Si muriera, visto de otro modo, sería una decepción. Nunca pensé que pudiese morir. Morir joven, quiero decir. Nunca tuve conciencia de una existencia limitada, ni de que me quedara poco tiempo. Siempre pensé que viviría muchos años, que la juventud nunca se escaparía. Es curioso que a los catorce años uno piense que es mayor, y a los diecisiete cree saberlo todo. A los veintiuno uno cree ser la esencia de la humanidad, a los veinticuatro quisiéramos tener diecisiete sabiendo lo que sabes a los veinticuatro, y a los veintisiete entras en el periodo de las preocupaciones por lo futurible, aquí estoy yo, que no llegaré a pretender tener catorce años cuando uno ya ha rebasado la treintena e intenta hacer ver el buen estado en que se conserva, pero ya no tiene catorce, claro. Posiblemente sea una constante, uno nace y se cree viejo y cuando se ve cercano a la muerte piensa: ¿por qué?, ¡si aún soy joven!

Vuelve el dolor, más fuerte que antes, más insistente y tenaz. Allí sigue la bicha, vigilándome, la piedra aún me hace compañía y el cactus y el árbol todavía velan por mí. Todo se le vuelve a uno trascendente y crucial cuando se ve próximo al fin. Caronte, Estigia, las monedas… seguro que voy al infierno, y no es que considere que haya sido malo en vida, no tengo ese concepto de mí mismo. Podré ver a Cerbero, a Plutón, a Flegias o al Minotauro y quizás pueda conocer a Virgilio, al gran Homero o a cualquier otro gigante del verso que me acompañe y presente en sociedad. El cielo debe ser un lugar de

lo más cojonudo. Creo que debe estar repleto de pecadores, lo veo así; si en vida no han pecado, será para poder hacerlo durante el resto de la eternidad, porque si en el cielo tampoco se pudiese pecar, ¿qué compensación tendría entonces ser un puto mojigato durante toda la vida? Seguro que se corren unos juergones de padre y muy señor mío, nunca mejor aplicada la expresión desde la invención de la escritura. Absurdo así, diremos pues, sería el resignarse a no tener recompensa, porque la eternidad no parece suficiente; también la tienen los pecadores, aunque sea ardiendo en una fosa por los siglos de los siglos, y si el premio es no arder, ¡qué desfachatez!, cuando vivos tampoco ardemos, pero tenemos otros problemas, los mismos que arrastraríamos a la gloria eterna.

Consigo apoyarme contra el tronco del árbol, por un momento ha remitido el dolor y empiezo a cuestionarme qué clase de serpiente es esta. Me muerde dos veces y no me mata, vaya una parodia de cascabel. Tengo el brazo y el hombro inflamados hasta el punto de lo grotesco, el tobillo ocupa todo el ancho del pantalón y la bota oprime mi pie cual si de una prensa se tratase, pero no consigo desatar los cordones, las costillas se clavan por la zona torácica y no me permiten incorporarme. Observo de nuevo a la bicha, cada vez más grande y titánica, debo estar deshidratado, delirante, porque me parece tan grande como Godzilla**,** un basilisco gigante, y cómo me mira con esos ojos amarillos, qué mala sangre debe tener, eso sí, parece que se le han quitado las ganas de olisquearme con su lengua viperina. Está quieta, me vigila. Me está juzgando.

La corteza, a la que recubre el tronco del árbol me refiero, no tiene espinas, ¿quién querría comerse el tronco?, debe saber a… madera. No se está del todo a disgusto apoyado contra él, no sé qué tipo de árbol será, un *experto botánico* como yo lo clasificaría en la familia de los «*raros*», pero si saliera de esta con vida, me compro tres. Ahora el cactus queda enfrente, y enfrente también la moto con la horquilla y rueda delantera retorcidas como una *garroba*. El pedregoso y polvoriento carril se divisa a unos cincuenta metros, y en su cuneta más alejada se distingue la silueta del megacactus que provocó todas estas desdichas. Se ve claramente cómo conseguí mutilar su acuoso cuerpo, ¡que se joda!

En estas horas *contemplativas*, tirado y dolorido, abandonado a la suerte (a la mala, claro), soportando sol, luna, veneno, caída, rotura, delirio, sed, abstinencia y demás… he reflexionado sobre algunas cosas, principalmente referidas a la muerte, pero

me doy cuenta de que en ningún momento he sentido un especial terror ante ella, sí un cierto rechazo, un temor, pero no miedo, y es que la verdad, mientras uno está vivo, no muere, parece una obviedad, pero es cierto. La muerte no llega con un paro general del organismo, no con un colapso del sistema cardiovascular, no con un shock general, la muerte llega en vida, creyendo uno que es hombre muerto. Solo existe una excepción, la muerte violenta, en la que uno muere antes de saber que está muerto, todo esto contando, claro está, con que la vida continúe en algún más allá, que, no creyéndolo en demasía, así espero que sea.

Diáfano debe haber quedado ya, por otra parte, que en caso de la existencia del más allá, yo acabaré en uno de los círculos del infierno, espero que sea el primero, aun estando yo bautizado y habiendo conocido la fe de Dios, apelaré a su gracia infinita, alegando pérdida de fe y esperanza por culpa de la humanidad. Llegaré y me haré el *longuis* ante San Pedro, él, que todo lo ve, no San Pedro, que a lo mejor también, sino él, Él con mayúscula, no tardará en descubrirme: ¡*Hijo mío!* —dirá—. ¡*Hijo mío!, ¿crees que somos tontos o qué?, tu familia es devota, tu comunidad católica, apostólica y romana, tú estudiaste religión, cristiana por supuesto, desde primero de EGB hasta segundo de Bachiller; estás bautizado, has hecho la comunión, a partir de ahí equivocaste tu camino y ahora pretendes engañar al propio Dios con esa patraña…* ¡No, Dios mío! —le diré yo —. ¡No sé de qué me habla!, ¡ese de quien habla no soy yo! *¡Cómo te atreves!* —dirá iracundo. ¡Había que intentarlo!, pero permítame un último alegato. *¡No!* —concluirá Él. Se abrirá el cielo bajo mis pies y caeré como espíritu sobre la Tierra. Cerca de Pekín atravesaré la corteza e infernaré en las puertas del Averno, donde algún funcionario infernal dirá: *¡Número 67842056436504656354365SDKF3844382421!, ¡tú, imbécil!* —señalándome a mí. ¿Yo? —señalándome a mí. *¡Sí, tú!, ¡no ves que es tu número!* Debe ser, yo qué sé. *No me hagas perder el tiempo, ¡imbécil!, harás ronda, en vida te lo pasaste bien, ¿eh?: lujuria, lascivia, injuria, violencia, blasfemia, ira… ¡vaya, vaya!, círculos 2, 6 y 7. Pasarás un tercio de la eternidad en cada uno.* Ridícula expresión, ¿qué es más, una eternidad o un tercio de eternidad?, ¿cuál es la tercera parte del infinito? ¡No!, creo que se equivoca —le expondré—, quiero hablar con Minos, ¡yo voy al primero!, ¡a los que no conocieron la fe! (a ver si este pica). *¡Otro capullo!, Minos está de vacaciones* —dirá el funcionario infernal—. *¡Envíenlo al purgatorio!, a la ventanilla de los no ubicados… ¿estás seguro de que es al primero?* ¡Seguro! —asentiré—. El mismísimo San Pedro me lo dijo. *¡En fin!, toma un ticket, ve al aeropuerto de «Satánica» y coge el vuelo 173*

destino el purgatorio, salida a las 16:30 APO (en el infierno no funcionan con los meridianos), embarque en la puerta 6. ¡Venga!, ¡fuera de aquí y no me des más la vara! ¡A tomar por el culo!

Ya ven que en el imperio de Satán todo funciona igual de mal que en nuestro planeta. Es completamente desolador ver lo mal que está todo. Uno pensaría que al menos en el infierno las cosas serían de otro modo, más serias, qué sé yo, más confiables. Qué decepción.

Habrá quien piense que mi descaro ante Dios, San Pedro y el pobre funcionario infernal es una falta de respeto a lo santo, divino, o majestuosamente demoníaco, pero mírenlo bajo mi prisma, ¿qué le pueden hacer peor a uno que enviarle a tres círculos distintos durante un tercio de eternidad?

En el purgatorio me recibirá un ángel funcionario. Sí, ¡por favor!, ¿la ventanilla de los no ubicados? —habré de preguntar. *Sí, ¡yo mismo!* —responderá. Pero ¿y la ventanilla? —volveré a preguntar. *¡Es un decir! No hay ventanilla en sí misma* —aclarará y continuará—. *¿Qué problema se le presenta?* Pues verá usted —empezaré—, he llegado al infierno y me querían meter en tres círculos distintos durante un tercio de eternidad cada uno, cuando a mí me dijo San Pedro que iba al primer círculo, así que ya ve, no es lo mismo una cosa que la otra. *¡Claro, claro!* —comprenderá él. ¡Hombre, es que no vea usted, señor ángel, el cacao en que me han metido sin yo buscarlo! *¡Vaya, vaya!, en fin, tome este ticket y vaya al aeropuerto «Camino del cielo», salida a las 22:45 APD, puerta de embarque 13. ¡Gracias y hasta siempre! ¡Siguiente!* ¡Espere un momento, señor ángel! *¿Sí?* ¿No podría darme un pase o algo así para ir al círculo primero? *¡No!, desde el purgatorio solo se va al cielo, además, tenemos que verificar su destino de ubicación.* Menuda mierda, pensaré con frustración. Cogeré el aeroplano y otra vez al cielo, allí, como siempre, está el buen Santo.

¡Hombre!, ¡hijo mío!, ¿otra vez por aquí?… Estos funcionarios… encima en agosto no hay más que sustitutos, con esto de los sindicatos, no hacen más que marearnos, ¿se puede creer usted que la mitad de los funcionarios infernales están de vacaciones?, ¡en Colombia!, ¡de vacaciones!, ¿se lo puede creer? No —diré atónito. *¡Pues ya ve!, esto es un caos. Por cierto, ¿qué le trae por aquí?* Pues verá… bueno, antes que nada, ¿puedo hacerle una pregunta? *¡Sí, hombre!, ¿de qué se trata?* Es algo que me

llama la atención; yo por aquí solo veo una puerta, la suya, ¿cómo hacen entonces para que las almas no se cuelen por el resto del infinito terreno del cielo si no hay vallas que delimiten la entrada? *Ja, ja, ja, pues verás, ¿conoces aquello de la omnipresencia de nuestro Dios?* Sí —asentiré. *Pues es verdad, y si intentas cruzar el límite* —continuará—, *verás que los arcángeles guerreros no son tan pacíficos como debieran, mira que se lo hemos dicho, pero…* —me hace un gesto para que me acerque y me susurra al oído—, *son los que lucharon contra Lucifer, y ya sabes, están un poco tarumba.* ¡Vaya alucine! —diré —. Están ustedes muy preparados, y… esto… ¿puedo preguntarle algo más? *Pregunta, hijo, pregunta.* ¿Cómo hace para mantener esa melenaza que tiene? *¡Ja, ja, ja! Tiene gracia, ¿eh? Y eso que en el Planeta me pintan calvo. Te sonará poco verídico, pero no hago nada, únicamente lo lavo día sí, día no con champú de huevo e infusiones de ortigas.* Y le va bien, ¿eh? *Pues ya ves, aunque me gustaría tener un poco más de volumen* —dirá mientras se toca las puntas. Es usted un buen Santo —le diré sinceramente. *¡Sí!, eso me dicen a menudo, eres tú un hombre agradable también.* Qué increíble halago, pensaré, viniendo de un Santo varón. Ya sé —continuaré— que son muchas las confianzas que me tomo, pero hay algo que me he preguntado toda mi vida, ¡y toda mi muerte, a ser concreto! *A ver, prueba.* Pues es que siempre me han dicho: los lascivos y lujuriosos, los blasfemos y los violentos, los avariciosos y los soberbios, los injuriosos y… en fin, los pecadores, irán al infierno, los buenos y los justos, al paraíso, ¡al cielo! *¡Exacto!* Pero, los no pecadores, que no cometieron un mal acto en vida, que no disfrutaron de ciertos placeres condenatorios sistemáticamente, me preguntaba si aquí en el cielo… la cosa se compensa… esto… ¿me entiende?, quiero decir si aquí en el cielo… ya sabe… *¡Ah, muchacho!, ¡cuántos me habrán preguntado eso mismo!, ¡por lo menos quince o veinte personas!, que la verdad, teniendo en cuenta los trillones de almas que habrán pasado por aquí, es una cifra ridícula, pero, en fin, la verdad es que…*

¡¡Ejem, ejem!!… Nos quedamos ambos callados. Es Él de nuevo. *Así que de vuelta por aquí. Te atreves, hijo mío —*empezará—, *a desafiarme, mintiendo y engañando a un pobre funcionario infernal, que ahora está llorando avergonzado y ultrajado por el vil engaño del que ha sido víctima.* Lo siento —le diré avergonzado—, pero véalo usted, ¡oh poderoso!, de la forma que yo lo veo. *¡Explícate!, te escucho.* Pues mire, ¡oh divino Dios! —rogaré noblemente—, de niño creí en usted, creí fervientemente, pero el descorazonado mundo en que me ha tocado vivir hizo que perdiera la fe, pensé que Dios no permitiría esa hambre en el mundo, las guerras, las enfermedades y los padecimientos, asesinos,

violadores y pederastas, hombres que matan a sus esposas y niños que asesinan a niños, hombres y mujeres que se arrastran por las calles y emporios que destruyen el planeta, países que doblegan voluntades, e iluminados que imponen libertades a golpe de cañón, políticos que sostienen armas y asesinos que se victimizan, todas las catástrofes y calamidades que a uno le hacen llegar a pensar que usted, ¡oh todopoderoso!, no existe. Así lo llegué a creer yo, por eso le ruego, le imploro que, si me envía al infierno, cosa que seguramente merezco según el dogma, envíeme al círculo primero, siendo bautizado y nacido en conocimiento de la fe, deberían tener cabida en este primero los que, asediados por el horror del mundo, perdimos y olvidamos la fe, el amor al hacedor de todas las cosas. Habrá un silencio de un minuto mientras me observará paciente. *Que recuerde* —comenzará—, *pocos hombres han pasado por aquí con tal descaro y desafío… uno de los últimos fue un tal Stalin, pero nadie me expuso tan clara y meridianamente sus razones, motivos y desalientos, así que, como el juez bondadoso y justo que soy, te enviaré al primero de los círculos, pero visitarás todos los demás para que veas y sufras los pecados que en vida carnal cometiste, te arrepientas de corazón y ores dando gracias por la bondad infinita de que eres dado…*

¡No te lo crees ni tú! ¿Eh?, ¿quién? …*Aquí* —dijo una voz aguardentosa—, *que no te lo crees ni tú.* Qué sorpresas da la vida, la bicha me estaba hablando. ¿Qué es lo que quieres? —le digo malhumorado. *Nada, solo dejar constancia de la muerte tan poco digna que me ha tocado morir, porque decir que me ha tocado vivir es… absurdo. Y lo peor es* —continúa—, *a manos de quién, de un ser demacrado, pensador de sandeces.* ¡Cállate ya! —le grito—, animal malévolo y ruin, te podría haber machacado ese cabezón que tienes con esta piedra justiciera, pero sería poco castigo para lo que mereces. *¿Poco castigo la muerte?* —dice indignada—. *¿Qué mayor castigo puede haber?* No lo sé —respondo—. ¿El infierno tal vez…? ¿Tenéis las bichas cielo o infierno? *Tener lo tenemos, pero es lo de menos, la pregunta sería: ¿existen? Humano.* Puede ser… puede ser que no, más bien diría que no. *¿Entonces?, humano, ¿qué otro castigo peor que la muerte se te ocurre?* Se me ocurre que sufrir es peor que descansar. *¿De verdad? Humano, ¿después de tus deliberaciones me dices esto?, mientras se sufre se está vivo, eso ya es suficiente, notablemente por encima de estar muerto, inexistente.* Dime, bicha… *Tan típico de los humanos.* ¿Eres bicha o bicho? *Soy hembra.* ¿Y tu descendencia?, ¿has tenido crías? *Sí.* Y ¿eso no te alivia los pesares de la muerte? *No, en absoluto.* ¿No? *No.* ¿Por qué no? *Verás, humano, he tenido cientos de crías, ¿crees que alguna de ellas soy yo?* Más claro, bicha,

ya no estoy para acertijos. *Humano, tú como yo somos más que un trozo de carne, un código; tú como yo somos un recuerdo, las vivencias, somos todos los sentimientos, un pensamiento, una forma de mirar, un gesto imperceptible, un sueño sin realizar, una esperanza reconocida, un amor impagable, somos… una vida inimitable. Todo eso, en suma, es lo que somos tú y yo, humano, y ni mil millones de criaturas nacidas de uno mismo pueden compensar la tragedia de la propia muerte, porque ellos no son yo, ni siquiera la mitad, son solo un código compartido, eso es todo, es decir… nada.* ¿Por eso tememos la muerte? *Sí, humano, por eso temes la tuya.* ¿Nada lo compensa? *No.* ¿Has amado? Bicha, ¿tampoco el amor consuela? *¿Has amado tú? Humano.* Sí. *Dime, entonces, ¿qué has hecho con ese amor?, ¿qué ha sido de él?* No sé, desapareció. *¿Sin más?* Sí, eso creo. *Y después, humano, ¿has vuelto a amar?* No… no. He querido, pero no he amado a nadie como amé aquella vez. *¿Y te gustaría volver a amar?* No creo que nos quede mucho tiempo, bicha, pero sí, me gustaría. *¿Más que nada?* Más que nada, es narcotizante, placentero. *Entonces comprenderás que amar compensa la existencia, pero no la muerte, y comprenderás la vida cuando mueras, humano, igual que cuando no se ama se desea amar, cuando se muere se desea vivir; pero a mí, humano, no me hace falta morir para saber que deseo vivir.* Sabes muchas cosas para ser un bicho inmundo… ¿eres el demonio? *No, humano, no soy el demonio, pero he tenido tiempo de pensar.* Sabes, bicha, antes pensé en machacarme la cabeza con esta piedra, o machacártela a ti; la verdad es que duele de cojones tu mordedura. *No diré nada de tu maldita navaja.* Sí… ¡te he jodido bien! *Bueno, lo uno por lo otro.* ¿Tú qué crees, que la muerte es el fin? *Creo que sí.* Ya. *Si no, no temería morir.* En verdad da miedo pensarlo. *El miedo es un reino, humano… todos somos súbditos como lo somos de la gloria, adiós, humano.* ¿Dónde vas? *Quién sabe, humano.* Adiós, bicha…

¡Hola, hijo mío! ¿Pero… qué…? *Es la respuesta a todas las preguntas.* Dime, entonces, ¿es la muerte el final? *Ja, ja, ja… hijo mío…*